

Es costumbre muy conocida que pájaros pequeños dando gritos destemplados se lanzan furiosamente contra especies mayores y poniéndoseles a la zaga, atemorizan y alejan a sus enemigos.

Pero creo que no es tan conocida una costumbre análoga de la perdiz chica (*Nothura maculosa*) que en el verano pasado tuve oportunidad de observar.

Esta perdiz es tímida por naturaleza; su medio principal de defensa es la ocultación, favorecida por el color abigarrado de su plumaje, y, en último caso, cuando se ve descubierta, su vuelo imprevisto y estrepitoso que causa sorpresa en la persona o animal que se aproxima desprevenido.

El estrépito que hace con las alas, al volar, también lo emplea con éxito en el ataque.

He tenido oportunidad de ver este hecho curioso en varias ocasiones.

Frente a casa y calle por medio hay un alfalfar en el que pastaba una tropa como de 35 a 40 pavos (*Meleagris gallopavo*) a los que vi un día que huían poseídos de gran pánico en dirección al monte. Supuse que habían visto en lo alto del cielo algún ave de rapiña y que por ello buscaban abrigo entre los árboles.

Al día siguiente, estando los pavos en el alfalfar, vi que varios de ellos, espantados, daban un gran salto y que luego echaban a correr despavoridos, perseguidos de cerca por un animal al que, en el primer momento, no pude determinar.

No es de imaginarse la gracia que me hizo el comprobar que el bravo perseguidor de una tropa de pavos en fuga era una insignificante perdiz.

Se trataba de una pareja que tenía el nido en el alfalfar y que para ahuyentar a los pavos empleaba con éxito este curioso procedimiento.

Cuando éstos les molestaban con su proximidad una de las perdices se lanzaba hacia ellos volando o corriendo a ras del suelo y con gran ruido de alas los ponía en fuga, persiguiéndolos durante un momento, y llegando en sus embestidas hasta las patas de los pavos.

Hace algún tiempo me dijeron que la perdiz chica era dañina, por que mataba los pavipollos. Esta observación fué comprobada por mi madre, quien verificó que una perdiz le mataba cada día un pavipollo. Seguramente asustaría a la pava por el procedimiento antes dicho, y luego al pavito que quedaba más rezagado lo ultimaba a alétazos.

JUAN B. DAGUERRE.

SOBRE LA PROTECCION AL GORRION

(PASSER DOMESTICUS)

Después de haber leído varios artículos sobre el gorrión en los diarios de esta capital — con motivo del proyecto de colocación de casitas para nidos en los árboles de las plazas — unos en favor y otros en contra, he creído oportuno agregar algunas modestas observaciones mías.

A mi juicio esta avecita no requiere ningún cuidado, pues ella se basta a sí misma mejor que otra alguna por ser muy perspicaz. No está expuesta a morirse de hambre ni de frío; de hambre porque es tan voraz, que lo mismo persigue las quintas de verduras cuando éstas son tiernas, como no desdeña los frutales. He visto a gorriones comer la carne colgada y la grasa adherida, las sobras de comidas, etc., pero el

grano es siempre su alimento apetecido. Así, los he visto en grandes bandadas volar al menor ruido, de las sementeras recién sembradas o granadas ya; frecuentar lo mismo el corredor de una casa donde está la jaula de un canario para comer lo que éste deja caer, que el gallinero para comer maíz pisado, hasta introducirse en el tarro del maíz, junto con los pollitos; y acudir un grupo numeroso para comer la semilla caída de una máquina desgranadora.

En cuanto a las casitas a que se ha referido el Dr. Albarracín, creo que no las ocuparían, pues esta avecita busca su comodidad espléndidamente en todos los huecos o intersticios que encuentra, ya sea en iglesias, casas, galpones, palomares, etc., y en sitios donde por su ubicación no sería tan fácil destruirles el nido, ni los gatos hacerles daño, pues he observado en nuestra estancia en Zelaya, que las casitas que allí se han colocado en los árboles no las han ocupado ellos, sino los mixtos (*Sicalis Pelzelni*) y las ratonas (*Troglodytes musculus*) y que tampoco hacen uso de los nidos de horneros (*Furnarius rufus*) hechos en los postes de alambrados, por más cerca de las casas que estén, y sí, en los que están en los árboles altos o en las cornisas de las casas. He visto, en una estancia, varios hornos en una cornisa, pero ninguno ocupado por su dueño sino todos por los gorriones. En los árboles se apropian de los nidos de Picabuey (*Machetornis rixosa*), Leñatero (*Anumbius anumbi*) o tordo músico (*Molothrus badius*). Ultimamente ví un *Anumbius anumbi*, que había empezado su nido, sólo la base, y durante una de sus ausencias en busca de palitos llegó un gorrión y se posó en el centro del nido, como tomando posesión de él; y así estuvo hasta que volvió el Leñatero con su carga de leña. He visto que hacen lo mismo cuando los hornitos están empezados.

En una casita del ferro-carril, he observado que entre el cielo raso y techo habían entrado por los respiraderos (que son como una pequeña persiana) y habían hecho allí una verdadera parva de pasto. Por eso creo que esta ave no perecerá de frío, pues he comprobado que después de grandes temporales, se encontraron muertos: *Columbina picui*, *Brachyospiza capensis*, *Molothrus bonariensis*, y *Sicalis Pelzelni*, pero nunca gorriones. Como se sabe son muy vivaces y hay que ver cuando sienten alguna Urraca (*Guira guira*) la gritería que producen reuniéndose en gran número, pues le temen a ésta porque les come sus pichones, y la persiguen con su algazara; pero ésta suele hacerles poco caso y sigue recorriendo los árboles en busca de nidos, seguida por ellos. Aquí, en la Capital, he criado un casal de palomita (*Columbina picui*) y una de ellas se voló a la azotea vecina; enseguida se reunieron varios gorriones y la asaltaron dándole sendos picotazos, que la pobre trataba en vano de atajar con sus alas.

Debido a la gran cantidad de gorriones que se han difundido por todo el país, y a sus hábitos pendencieros, se han alejado varias especies que antes llegaban hasta muy cerca de las viviendas camperas en donde anidaban. Recuerdo entre otras, un casal de golondrina (*Progne chalybea domestica*) que antes todos los años solía hacer su nido en la galería, y en el mismo sitio, hoy ya no se ve. También allí tenía su nido, con pichones recién nacidos, una ratona (*Troglodytes*) y un día los encontré en el suelo casi moribundos, los volví a colocar en su nido y me alejé para observar cómo había ocurrido aquello, y cual no sería mi sorpresa al ver aparecer un gorrión, el que arremetió furiosamente contra

los pichones, tirándolos al suelo, junto con el nido, a picotazos. Las pobres avecillas sucumbieron al segundo golpe.

El gorrión es un animal que ensucia mucho y por eso se le echa de las galerías y de los caños de agua, pero como es tan tenaz y activo si se le saca el nido a la mañana, por la tarde ya lo tiene construido de nuevo. Como se sabe, es muy prolífico y tiene hasta cuatro posturas anuales de unos cinco huevos.

Habría que ver si el beneficio que reporta durante la cría de sus pichones, con el acarreo de insectos, es suficiente para compensar el estrago que causa, pues no he visto que destruya insectos realmente nocivos, como langostas, bichos de cesto, taladros, hormigas, etc. El único que he visto llevar a sus pichones es la oruga de *Colias lesbia*, que a veces es numerosa en los alfalfares. En cambio, al tordo músico (*Molothrus badius*) lo he visto destruir los bichos de cesto y un día para capturar uno pusieron como cebo varios de estos insectos en una trampa y en seguida fué apresado.

Por lo tanto, creo que el gorrión es el ave que menos protección necesita, en todos sentidos, no así las demás especies de que es tan rica nuestra avifauna y que unas por la persecución de estos pendencieros, y otras por los cazadores y chicos traviesos que por puro gusto las destruyen, se van retirando poco a poco de nuestras quintas para internarse en sitios menos poblados y menos peligrosos.

CELIA BERNAL DE PEREYRA.

NOMENCLATURA BASTARDA

El que observe algo nuestra fauna indígena (aunque sea un regular observador) y la compare con la de los países de Europa, verá muy pronto lo absurda que es la denominación vulgar de muchos de sus individuos, denominación que debería ser tachada inmediatamente del lenguaje por impropia y ser reemplazada por nombres indígenas, más expresivos y eufónicos a veces que los mismos latinos. Imaginemos, por ejemplo, un extranjero que esté deseoso de conocer nuestra fauna; imaginativamente, lo veremos caer en groseras equivocaciones, a causa de las caprichosas trasposiciones de nombres de animales europeos sobre otros que sólo por excepción tienen una remota semejanza exterior con aquéllos. Así, le dirán al señor cazador extranjero, «en ese río viven lobos, cuando debían decir nutrias (*Lutra paranensis*); en esa cañada podrá usted cazar muchas nutrias, cuando debieran decir coipus, (*Myopotamus coypus*).» Otros le dirán: «si quiere usted matar una comadreja (*Didelphys*) tiene usted que esperar la noche, y dar una ojeada por todos los árboles de su huerta, los cuales visita regularmente para alimentarse de fruta. Cuando la vea, sacará usted su daga y se la hundirá» ¡Pero señor, usted está loco, gritará exasperado el extranjero, donde ha visto usted que a una comadreja (*Mustela*), que es del tamaño de una rata y vivaz como el hurón, se le meta tranquilamente una daga en el vientre; y dónde ha visto usted trepar las comadreas y comer uvas o peras?». Y pasando a la fauna alada, ¿qué dirían ustedes del buen señor si lo vieran en la ardua y fatigosa tarea de buscar un nido del que aquí llaman tordo? (*Molothrus bonariensis*) pues demasiado saben ustedes, que este pájaro no hace nido sino que